

«Iberoamérica» o «comunidad iberoamericana», que englobaría a todos los países de América Latina, España y Portugal.

A partir de los años ochenta, intelectuales de la derecha española, como Gonzalo Fernández de la Mora, señalaron que la idea de «comunidad hispánica», teorizada por Maeztu y luego por García Morente, carecía de viabilidad, aunque sí la tuviera la de «Hispanidad cultural», que era preciso reelaborar (Fernández de la Mora, 1987 y 1998). En ese sentido revisionista, José Javier Esparza proponía adaptar la idea de «Hispanidad» a la época posmoderna, caracterizada por la globalización. A su juicio, los componentes esenciales de la «Hispanidad» son tres: catolicidad, Monarquía hispánica y caballero cristiano. Catolicidad que es preciso entender en un sentido «posmoderno, que integre y supere las consecuencias de la secularización». Se trata de un concepto no estrictamente religioso, sino «antropocultural», que ha de ser capaz de «incluir no sólo a aquellos que contestan el dogma de Roma, sino también a todos los cambios sociales y culturales que el mundo hispano ha vivido y que han generado una realidad que ya no cabe en el marco confesional». Catolicidad, en fin, «no como construcción de un orden político y social ajustado a la doctrina de Roma, sino como asunción e integración, en el espíritu colectivo, de las formas específicas de esa religión». Monarquía hispánica como proyecto de «unidad en la diversidad», «una forma de organización plural y compleja, basada en el espíritu de un pasado arraigado» y «en unos rasgos culturales comunes». Y el caballero cristiano como representante de la ética del honor, es decir, «un tipo humano radicalmente opuesto a la figura hoy dominante, la del burgués, que, por moderna, cultiva la ética de la utilidad y el individualismo desarraigado como fundamento de la libertad». Un tipo humano en el que «la ética del honor se imponga sobre la ética de la utilidad» (Esparza, 1998-1999, 1061-1064).

Véase también: CIVILIZACIÓN, CULTURA, ESPAÑA, HISTORIA, NACIÓN, NACIONALISMO ESPAÑOL, PATRIA.

HISTORIA

Pedro Ruiz Torres

El campo semántico de la palabra historia se fue haciendo cada vez más amplio y diverso durante el siglo XX. La mayoría de los contenidos nuevos remiten a la transformación que tuvo lugar en Occidente en el último tercio del siglo XVIII, pero conviene tomar nota de la larga coexistencia del concepto moderno de historia con otro más antiguo. Resulta muy ilustrativo a ese respecto que las acepciones

del término *historia* admitidas en el *Diccionario* de la Real Academia Española desde principios del siglo XVIII hasta casi nuestros días convivan con los nuevos significados de la palabra «historia» recogidos en los diccionarios descriptivos del uso de la lengua.

El concepto moderno de historia, social y político, «englobador» y «supracientífico», fue el resultado de la convergencia de dos procesos: por un lado, el que conforma el singular colectivo capaz de aglutinar una serie de historias en un todo coherente y, por otro, la fusión del ámbito «objetivo» con la indagación «subjetiva» que lleva de esa forma «la experiencia moderna de una historia que actúa por sí misma a la reflexión de los hombres que la ejecutan o la padecen» (Koselleck, 2004, 46). Este concepto moderno tardó en manifestarse en los diccionarios normativos de la lengua. No lo encontramos en las sucesivas ediciones del *Diccionario* de la Real Academia Española hasta 1992, ni tampoco en el *Diccionario etimológico de la lengua castellana* de J. Corominas (1976, vol. II, 926-927). En los dos primeros diccionarios de la Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (1726) y *Diccionario de la lengua castellana* (1780), y en las sucesivas ediciones de este último hasta la vigésima primera (1992), «Historia» con mayúscula es «narración y exposición verdaderas de los acontecimientos pasados y hechos memorables», en especial de «los sucesos públicos y políticos de los pueblos». La historia es obra de un autor, un relato verídico, una pintura fidedigna, una descripción de las cosas tal como fueron. En cambio, en otro tipo de diccionarios la incorporación al léxico castellano del moderno concepto de historia se recoge más pronto. El *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de literatura, ciencias y artes* («Historia», tomo X, 1892, 429-433) y la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana* («Historia», tomo XXVII, 1925, 1783-1793) repiten al pie de la letra la definición de la RAE, pero a continuación introducen el concepto moderno de historia cuando hacen un resumen de los conocimientos existentes sobre la historia en tanto saber o ciencia. En fecha más avanzada, el *Diccionario del uso del español* de María Moliner (1977, 52-53) y el *Diccionario del español actual* de M. Seco, O. Andrés y G. Ramos (1999, II, 2494-2495), dos diccionarios descriptivos del uso de la lengua, ilustran el cambio semántico y sirven de contraste con la norma establecida hasta entonces por la RAE. En ellos «Historia» con mayúscula indica en primer lugar «conjunto de todos los hechos ocurridos en tiempos pasados» (según María Moliner, como cuando se dice «la humanidad ha ido progresando a través de la historia») o «sucesión de los acontecimientos pasados de la humanidad» (Seco, Andrés y Ramos), en ambos casos con un singular colectivo («la humanidad») que unifica los sucesos. En segundo lugar, el diccionario de 1977 da entrada a «narración de estos hechos» y el de 1999 a «ciencia que estudia y relata la evolución o la sucesión de los acontecimientos pasados, en especial desde la aparición de la escritura». En este último diccionario, la «narración ordenada de los acontecimientos pasados de la humanidad» ocupa el tercer lugar. Por fin vemos los tres significados que el concepto moderno de historia recoge y unifica.

La RAE los incluyó sólo en la vigésima primera edición del *DRAE* (1992): a continuación de «narración y exposición de los acontecimientos pasados y dignos de memoria», aparece en segundo lugar «disciplina que estudia y narra los hechos»; en tercero «obra histórica compuesta por un escritor» y en cuarto «conjunto de los sucesos o hechos políticos, sociales, económicos, culturales, etc., de un pueblo o una nación». La definición clásica continuaba a la cabeza, si bien en el *DRAE* de 1992 sólo se habla de «narración y exposición», prescindiendo del calificativo «verdaderas».

El concepto moderno de historia, por tanto, se encuentra en los diccionarios enciclopédicos publicados en España a finales del siglo XIX y principios del XX. La historia que remite a un sujeto colectivo desplegado en el tiempo y del que la actitud reflexiva puede dar cuenta con vistas a intervenir en el presente hizo posible la historia, entendida como disciplina o profesión. Con distinto énfasis en el carácter científico de la historia o en el artístico (pero sin dejar de valorar ambos), en el despliegue en general de la humanidad como sujeto de la historia o en la evolución de una nación en particular (si bien los dos procesos resultaban compatibles y se entendían del mismo modo), y en la «erudición» o en la orientación «filosófica» (doblemente necesarias si se trataba de una «nueva» historia), se afianzó en la España del primer tercio del siglo XX la tendencia a la profesionalización de la historia. La reforma universitaria de 1900 (integración de las enseñanzas de la Escuela Superior de Diplomática en la Universidad, reorganización de las Facultades de Filosofía y Letras y creación en algunas de ellas de una sección de Historia) y el surgimiento en 1907 de la Junta para Ampliación de Estudios (que en 1910 dio origen al Centro de Estudios Históricos en Madrid y a la Escuela de Arqueología e Historia de Roma) iniciaron una nueva etapa (Ruiz Torres, 2001, 21-43; Peiró, 2001, 45-73; Carasa, 2001, 75-125). La historia de los profesores e investigadores universitarios empezó a ser mucho más «profesional» que la historia de los escritores y/o eruditos del siglo XIX, en gran medida implicados en la política decimonónica.

Del cambio drástico de «cultura histórica» a partir de 1900 dio cuenta tres décadas después José Deleito Piñuela en la *Revue de Synthèse Historique*. En contraste con una «cultura de la historia en España» dominada en el ochocientos por el «lirismo acentuado», «el exclusivismo de la historia política» y «la propaganda doctrinal apasionada y tendenciosa», la historia adquiriría en España una variedad, una amplitud enciclopédica, «serena y objetiva». Se caracterizaba por el rigor en sus métodos de trabajo, su sentido crítico y su difusión en una gran masa de lectores que crecía día a día y hacía posible la aparición de ambiciosos proyectos editoriales y la proliferación de revistas especializadas o de carácter divulgativo, «toutes choses que le XIXe siècle n'avait pas connues» (Deleito, 1930, 29-49, reproducido en Ruiz Torres, ed., 2000, 289-306).

El cambio en «la cultura de la historia» al que se refiere Deleito se manifiesta en el léxico del todavía reducido grupo de personas dedicado a una actividad intelectual cada vez más separada del ejercicio de la política. En el volumen décimo del

Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano de literatura, ciencias y artes (1892, 429-433) la voz «historia» remite a una actividad reflexiva que no requiere más método que «el buen uso de la razón». De ese modo, la historia pone al descubierto el despliegue del sujeto colectivo del proceso histórico a través de hechos de especial relieve que deben ser narrados de modo cronológico. La historia, por una parte, es ciencia que descubre la verdad mediante «el procedimiento sintético o de deducción», que va de los hechos a los principios, «hechos [que] deben narrarse uno a uno y uno en pos de otro». Por otra, sigue siendo «el género didáctico más artístico y poético» que se conoce. A diferencia de semejante modo de concebir la historia, en las primeras décadas del siglo XX un grupo de profesores e investigadores universitarios reivindicaron en España para sí en exclusiva el nombre de historiadores. Cada uno se sintió miembro de una comunidad de intereses en torno a la disciplina histórica y estuvo dispuesto a compartir los problemas relativos a la enseñanza o a la metodología de esa nueva ciencia de la historia (Altamira, 1891 y 1934; Deleito, 1918; García Villada, 1921; Ballesteros, 1913). En el tomo veintisiete de la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana* (1925, 1783-1793) se indica que «la concepción moderna de la Historia tiende a incorporar el estudio del pasado al cuadro de las disciplinas científicas». La simple recolección de documentos no constituye un contenido científico, mientras la crítica, externa e interna, implica una reglamentación científica a base de la Lógica y de la Teoría del Conocimiento. «Pero es, sobre todo, la construcción histórica la que caracteriza la ideología moderna en orden a la valoración de los métodos históricos». Sin dejar de mencionar varias veces la *Introducción a los estudios históricos* de Langlois y Seignobos, recién editada en castellano, dicha enciclopedia entra a fondo en la metodología de esa «ciencia *sui generis*» que es la historia, en «la labor constructiva del historiador» que comienza en el estudio crítico de los documentos, pasa por el afán de llegar a descubrir por medio del razonamiento «leyes de causalidad, utilizando las de coexistencia y sucesión», y termina en la exposición donde no interviene la lógica, sino «la teoría artística del lenguaje», por cuanto «la Historia es en este aspecto un género literario entre la Oratoria y la Didáctica». Con todo, se precisa, «la tendencia actual es a acercarse a la exposición científica, dada la preparación técnica extensa que necesita el historiador, dejando para la novela histórica, la epopeya erudita o el drama nacional la idealización de la realidad histórica». Así surgió la «historiografía científica», signo de los nuevos tiempos, que el historiador Juan de Contreras, marqués de Lozoya, veía en 1930, muy a pesar suyo, que triunfaba sobre «los historiadores artistas» y dejaba atrás «el concepto romántico de historia» (Contreras, 1930, reproducido en Ruiz Torres, ed., 2000, 307-341). La «ciencia de la historia» que ese mismo año José Deleito consideraba un gran avance en España.

La toma de conciencia de la «labor constructiva del historiador» acompaña desde el principio a la consideración de la historia como disciplina científica y no hay que esperar a la segunda mitad del siglo XX, como a veces se piensa. Otra cosa, sin

embargo, es que entre los historiadores de profesión fuera frecuente una estrecha visión «empirista» de la historia que identificaba el trabajo de historiador con el estudio de los documentos, a partir de los cuales se accedía sin más al conocimiento «objetivo» del pasado. Esa práctica tuvo buen cuidado de distinguir la historia profesional, por una parte, y la historia como base para la política, por otra. Frente a la última, defendió una «neutralidad» por lo demás imposible, como pudo comprobarse antes, durante y después de la Guerra Civil. En definitiva, tomó cuerpo una idea de historia deseosa de desligarse del presente para ocuparse sólo del pasado. Semejante «historia científica» fue rechazada a principios del siglo XX por un pequeño grupo de «intelectuales» que se hicieron eco de la crítica de Nietzsche. Para ellos, escépticos ante la posibilidad de ir hacia una «ciencia» de algo inexistente como el pasado, la «ciencia de la historia» traía cosas muertas o superficiales, «el rumor y la espuma de las olas», en palabras de Unamuno. «Modernistas» y críticos de la sociedad y la política de su tiempo, algunos de los primeros «intelectuales» españoles de principios del XX pensaron que la «historia científica» tenía poco interés de cara al presente y al futuro. Unamuno ofreció en *En torno al casticismo* (1895 y 1916) su «intrahistoria» como alternativa, la «vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar» que era «la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición de la mentira que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles, y monumentos, y piedras» (Unamuno, 1996, 62-63).

Otro concepto de historia distinto del positivista fue la historia entendida como «ciencia sistemática de la realidad radical que es mi vida», de que nos habla Ortega, la historia como «sistema de experiencias humanas, que forman una cadena inexorable». El más importante filósofo español de la primera mitad del siglo XX habló de un «sistematismo *rerum gestarum* [que] reobra y se potencia en la historia como *cognitio rerum gestarum*». El pesimismo histórico en que desembocó el pensamiento del autor de *Las Atlántidas* (1924) e *Historia como sistema* (1935), su exaltación de una historia para la vida y la idea misma de historia como sistema remiten respectivamente a Burckhardt, Nietzsche y Dilthey, y dieron pie a la unión de filosofía e historia de una manera parecida a la de Croce en esos mismos años. Para Ortega, la historia proporcionaba continuidad a un proceso en el que se enlazaba orgánicamente pasado, presente y futuro, un proceso que tenía un sentido; por ello en historia era posible la previsión del futuro. El pronóstico de Ortega sobre el sombrío porvenir de la civilización occidental concordaba con el que en el periodo de entreguerras hizo Spengler en *La decadencia de Occidente* (1923), aun cuando estaba argumentado de distinta manera (Dujovne, 1968, 89-116). La proyección de las ideas de Ortega acerca de la historia fue grande y abarcó un amplio espectro político, desde el liberalismo reformista y el socialismo moderado al modernismo reaccionario y el fascismo.

En España, las primeras variantes «positivistas» o «historicistas» del moderno concepto de historia tuvieron gran repercusión en los estudios jurídicos (Azcára-

te, Posada, Santa María de Paredes, Costa, Hinojosa), en la investigación de la lengua y la literatura (Menéndez Pelayo, Unamuno, Menéndez Pidal), en los trabajos sobre la sociedad (Costa, Sales y Ferré, Altamira) y en la filosofía (Ortega y sus discípulos). Algunas enfoques compartieron hasta mediados del siglo XX una visión del proceso histórico presidido por un sujeto parecido a un organismo vivo colectivo, con sus «orígenes», su constitución de modo «natural» (para algunos también «providencial» o divina) y su evolución, con la amenaza permanente de la muerte, como cualquier ser vivo. El sujeto colectivo humano de la historia, como las personas que lo formaban, estaría así compuesto de materia y de espíritu, de una constitución física y de un universo moral, se desarrollaba en un medio ambiente más o menos favorable (el territorio, la geografía) y entraba en relación y muchas veces en conflicto con otros seres humanos colectivos. Dotado como ser orgánico de voluntad y de personalidad, de psicología colectiva (Rafael Altamira dedicó en 1902 un libro a *La psicología del pueblo español*), llevaba consigo ideas que hacía suyas, en el mejor de los casos de acuerdo con su idiosincrasia, en el peor de una manera postiza e incapaz de transformarse en alimento vivificador de su persona. El sujeto histórico orgánico por excelencia del proceso histórico era el «pueblo-nación-Estado», según el criterio que identificaba etnia, nación, lengua, cultura y entidad política. Por distintas que fueran las maneras de concebir la ciencia, la labor didáctica o la obra literaria de la historia, en obras de síntesis, ensayos y artículos de periódico será frecuente una trama de carácter nacional y contenido ideológico nacionalista.

En la primera mitad del siglo XX hubo en España dos tipos de narrativa histórica nacionalista de signo opuesto, la liberal y la neocatólica. Ambas transmitían un sustrato ideológico político mezclado con una representación del pasado que, pese a la evolución experimentada por los estudios históricos, permaneció vigoroso en amplios sectores sociales a lo largo del siglo XX. El conflicto entre la cultura histórica «liberal» y la «tradicionalista» se manifestó también en el terreno educativo, a medida que la enseñanza de la historia pasó a convertirse en un importante vehículo de «nacionalización» (Boyd, 2000). Con todo, durante las primeras décadas del siglo XX una historiografía cada vez más profesional y con mejor preparación metodológica proporcionó una imagen menos partidista de la trayectoria histórica de España. La visión providencialista de la historia del neocatólico Marcelino Menéndez y Pelayo vino acompañada de un merecido prestigio por su erudición como historiador de la literatura dentro y fuera de España (Peiró y Passamar, 2002, 403-408; Pérez Pascual, 1998). El historiador Ramón Menéndez Pidal, inmerso en la cultura liberal, fue uno de sus numerosos discípulos. Rafael Altamira, un hombre de la Institución Libre de Enseñanza, impulsor de la Extensión Universitaria de Oviedo, la figura más destacada de la historiografía española de la primera mitad del siglo XX, llegó a ser reconocido como maestro de historiadores por personas de ideología política conservadora (el jesuita Zacarías García Villada) o más tarde franquista (Pío Zabala), y por historiadores que como el pro-

pio Altamira debieron exiliarse (Pedro Aguado Bleye) o en la posguerra fueron marginados (José Deleito y Piñuela) por su compromiso con la Segunda República. La *Historia de España y de la civilización española* de Rafael Altamira (1900-1911) fue una obra muy innovadora en aquella época. Incorporó al tradicional enfoque político una nueva dimensión sociocultural.

La visión pesimista de la historia de España, en torno a la idea de decadencia, desastre nacional o fracaso colectivo, muy extendida durante la coyuntura del «desastre del 98», empezó a ser sustituida en las primeras décadas del siglo XX por un incipiente optimismo tras los primeros y modestos frutos del «regeneracionismo», pero poco pudo arraigar ese optimismo en el periodo de entreguerras. Desde el lado de los críticos radicales a la sociedad burguesa, la visión «científica» del proceso histórico había hecho mella en ciertos sectores del anarquismo y del socialismo marxista, en consonancia con la amplia influencia de los ideales educativos de la Ilustración y del evolucionismo social de corte positivista. Entraba en contradicción con el voluntarismo revolucionario, arrinconado a principios de siglo por destacados dirigentes del partido socialista a medida que el proceso histórico era visto como un progreso continuo, al igual que lo hacían el liberalismo social reformista o los moderados «socialistas de cátedra». Entre los socialistas marxistas empezó en las primeras décadas del siglo XX a manifestarse también en España la idea «científica» de un proceso de larga duración, a base de «conquistas revolucionarias» o simplemente de reformas en beneficio de los trabajadores (García Ormaechea, 1906). A medida que los historiadores y políticos liberales de mayor sensibilidad democrática y preocupación por el nuevo «problema social» se interesaban por las cuestiones económicas y sociales, disminuían las diferencias con un materialismo histórico interpretado en clave revisionista. Sin embargo, en la década de 1930 todo ello se vino abajo, en gran medida debido a la crisis económica del capitalismo, al hundimiento de las democracias liberales en Europa, a la subida de Hitler al poder, a los preparativos de la Segunda Guerra Mundial y al alzamiento militar de 1936 que en España trajo la Guerra Civil.

Al contrario de lo que deseaban muchos de los partidarios de la legalidad republicana, no sólo la historia «heterodoxa» de España, sino cualquier historia alejada del dogmatismo y en busca de «fundamento científico», sufrió un duro golpe a partir de 1936. El triunfo de los militares sublevados llevó al exilio a estudiosos del pasado del relieve internacional de Rafael Altamira y Pere Bosch i Gimpera. Este último, fundador en 1915 del «Servei d'Investigacions Arqueològiques de l'Institut d'Estudis Catalans», había pronunciado en 1937 en la Universidad de Valencia una conferencia titulada «España», en que aludía al declive imparable de la historia tradicional, ortodoxa y unitaria que identificaba España con Castilla, la historia oficial aprendida en la escuela y mencionada en tantos y tantos discursos políticos. Según Bosch Gimpera, el discurso de 1932 del «actual jefe del Estado español D. Manuel Azaña» para el Estatuto de Cataluña había favorecido un cambio sustancial en el lenguaje político y dado relieve público a un nuevo

tipo de historia de España, una historia más científica, capaz de integrar las diversas trayectorias de los diferentes pueblos de la Península que ahora con la República, por primera vez de un modo voluntario, decidían formar parte de un mismo Estado (Bosch Gimpera, 1937, reproducido en Ruiz Torres, ed., 2000, 341-367). El fin de la guerra acabó con ese otro concepto de España y de su historia. En la tradición liberal de la llamada «España peregrina» afloró otra vez el pesimismo en la controversia entre Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro sobre las raíces de la Guerra Civil y el trauma, medieval o moderno, de la «anómala» trayectoria española (Varela, 1999, 259-321). En el interior hubo numerosas depuraciones de prestigiosos historiadores y la profesionalización de la historia sufrió un importante retroceso (Pasamar, 1991). A cambio, la rancia versión neocatólica de la historia de España, en la que encajaba a la perfección la figura providencial del «Caudillo», se convirtió en los años de posguerra en vehículo principal de propaganda de un régimen con pretensiones «totalitarias». En la educación primaria y en el bachillerato la dictadura impuso su visión triunfalista de una España imperial de militares y santos cuyo legado de espiritualidad y ejemplaridad contrastaba con los valores materialistas de un Occidente en plena decadencia (Boyd, 2000, 206-236; Valls, 1984; Martínez Tórtola, 1996; Abós, 2003). Pura propaganda máxime cuando el progreso foráneo contrastaba con la deplorable situación interna de nuestro país. Semejante unión tan descarada entre historia e ideología dejó un poso de desconfianza hacia la historia muy extendido en la conciencia de los españoles. En contraste con el valor cívico que había tenido el aprendizaje de la historia con anterioridad a 1939, a partir de entonces el descrédito acompañó durante mucho tiempo a la historia enseñada con fines doctrinarios.

Junto a la historia concebida como propaganda, que impregnó la retórica del régimen de Franco, las formas eruditas o científicas de historia sobrevivieron aunque muy debilitadas en la España de la posguerra. Ambiguas posiciones políticas, trayectorias solitarias y «resistencias silenciosas» se esforzaron por mantener vínculos con el pasado académico y con el exilio interior o exterior (Muñoz, 1997; Gracia, 2004). Sólo en un pequeño círculo dentro de la historia profesional se abrió camino en los años cincuenta y sesenta el nuevo modo de concebir la historia que por entonces se expandía en la Europa democrática (Jover, 1999, 25-271). La «nueva historia» buscó diferenciarse por completo de la «historia tradicional» y dejó de hablar de despliegue «orgánico», de «ser nacional», de «esencia patria». Desapareció la obsesión, muy presente hasta entonces, por los primitivos «ancestros», por los pueblos o razas (íberos, celtas, vascos) que desde los orígenes conferirían (a los españoles, a los catalanes, a los gallegos, a los vascos) unos rasgos culturales, étnicos o «de carácter», fijos en el tiempo, si es que el «alma nacional» no era también un designio de la providencia, como pensaban algunos en armonía con el catolicismo más inmovilista (Viciano, 2003, 70-84). La «nueva historia» quitó importancia a los grandes personajes y a los acontecimientos políticos e hizo hincapié en los procesos económicos y sociales con una perspectiva social comparada.

Bebió en distintas fuentes intelectuales (positivismo, historicismo, existencialismo, marxismo) y se inclinó por una historia otra vez dispuesta a reivindicar su condición de ciencia. La historia económica y social, por la que Jaume Vicens Vives se decantó de modo entusiasta a su regreso del Congreso de Ciencias Históricas de París (1950), en la línea de la renovación de la escuela francesa de los *Annales*, fue el primero y fructífero exponente de dicho cambio, incomprendido por quienes, incluso desde el exilio, seguían dándole vueltas al «ser de España». Desde otro ángulo, Miguel Artola reivindicó en 1958 la «fecunda ambigüedad» de la palabra «historia», que designaba tanto a la realidad histórica como a la ciencia histórica, y se pronunció por un conocimiento científico de la historia que fuera compatible con el reconocimiento de la historicidad del historiador. Distinguía «Historia como visión» (con mayúscula) de «historia como realidad» (con minúscula) y ponía énfasis en el carácter interpretativo del conocimiento histórico y en la complejidad de la causalidad histórica de la que no podía dar cuenta una burda aplicación del principio naturalista («En torno al concepto de historia», *REP*, 1958). Ese mismo año, José Antonio Maravall, en su libro *Teoría del saber histórico* (1958), destacaba la pretensión de la historia de constituirse en saber riguroso, construyendo los hechos por medio de teorías y no reflejándolos como pretendía el empirismo ingenuo de los historiadores tradicionales. Un poco más tarde, Joan Reglà habló de la «Història, ciència de les societats humanes en transformació contínua», la Historia considerada como una gran síntesis de todas las ciencias sociales, «ciència dels homes en el temps», como había escrito Marc Bloch, en contraposición a la historia invocada en el pasado como arma ideológica nacionalista. Joan Reglà distinguía a la manera de Braudel entre el movimiento lento de las estructuras, el movimiento cíclico de las coyunturas y el tiempo corto de los acontecimientos (*Comprendre el món*, 1967).

La historia de Marc Bloch y Lucien Febvre, vinculada a los problemas del presente, incorporó un ámbito de nuevos temas y métodos que ejercieron una influencia creciente en el terreno de las investigaciones y síntesis históricas de carácter profesional en la segunda mitad del siglo XX. A cambio, la unión de filosofía e historia perdió gran parte del interés que había tenido hasta entonces. A partir de los años sesenta la «nueva historia» tuvo que vérselas con el auge creciente de las ciencias sociales y ello produjo una transformación notable y con repercusiones en el vocabulario político y social. En el medio universitario fue extendiéndose la idea de una historia concebida como «ciencia social» que recurría no sólo a los métodos sino también a las teorías de las demás ciencias sociales (Casanova, 1991). A pesar de que en un primer momento los enfoques sociológicos abiertos al historicismo, como el de Max Weber, gozaron de cierta ventaja, a medida que transcurrió la década de los sesenta y en especial durante los años setenta la influencia del marxismo predominó entre los historiadores por razones a las que no fue ajena la coyuntura política. El enfoque histórico marxista se distinguía de la interpretación económica mecanicista que había pasado antes por marxista porque se basa-

ba en la obra de Marx (en muchos textos inéditos antes de 1945), en los trabajos de algunos economistas e historiadores marxistas de lengua inglesa interesados por los periodos de «transición», en la historia marxista entendida como «ciencia en construcción» a la manera de Pierre Vilar (Vilar, 1973) o en el marxismo estructuralista. Por diferentes que fueran todas esas perspectivas, compartían el proyecto de una nueva ciencia social capaz no sólo de explicar el pasado sino también el presente y de tener un proyecto social de futuro (Fontana, 1982).

En España, la influencia del marxismo determinó en gran medida el desarrollo de la historiografía profesional, el vocabulario de los historiadores y la proyección social de la historia hasta bien entrada la década de los ochenta. Historiadores procedentes de la «escuela de Vicens», historiadores en torno a los Coloquios de Pau organizados por Tuñón de Lara y otros muchos historiadores se identificaron de manera creciente con un marxismo no dogmático y abierto a la investigación histórica, que tuvo eco a finales de los años setenta incluso en la obra de un historiador «liberal» como Miguel Artola. Distintos modos marxistas de concebir la historia provocaron debates durante los años setenta y ochenta, e hicieron también acto de presencia otras teorías sociales como la «teoría de la modernización». La historia como disciplina fue desarrollándose en el mismo sentido que en el resto de Europa, con mayor intensidad si cabe, no en vano el despegue entre nosotros había comenzado tarde (Ruiz Torres, 2002). Desde los años setenta el proceso fue parecido: acercamiento a las ciencias sociales, fragmentación interna, sustitución de la hegemonía de la historia económica por el predominio de la historia cultural y pérdida de influencia del marxismo después de 1989, pero la repercusión de todo ello más allá del mundo académico fue mucho menor.

En el lenguaje político reciente, la historia entendida como el resultado de la investigación llevada a cabo por los historiadores ha jugado un papel desigual. En la «España de las Autonomías» encontramos una narrativa histórica que, como Bosch Gimpera deseaba en 1937 y Jaume Vicens Vives recogió en su *Aproximación a la historia de España* (1952), destaca la diversidad cultural de unas «nacionalidades» y «regiones» a las que se les reconoce una trayectoria histórica propia (Pérez Garzón, Manzano, López Facal y Rivière, 2000). Preparado por el desarrollo de una historiografía profesional que desde los años sesenta hizo hincapié en las desigualdades de los procesos económicos y sociales dentro de España (Jover, 1999), la nueva narrativa histórica de la diversidad movilizó apoyos de diferentes ideologías, nacionalistas y no nacionalistas. Sin embargo, para hacer frente a los excesos «nacionalistas» o «localistas» de la historia enseñada en algunas Comunidades Autónomas, en el cambio de siglo salió de nuevo a relucir el «ser histórico de España», la historia «ortodoxa» de la nación española (Real Academia de la Historia, 2000). Con motivo de la «reforma de las humanidades», anunciada el 9 de octubre de 1996 por el gobierno del Partido Popular, pudo escucharse a la ministra de Educación y Cultura ensalzar a la Real Academia de la Historia, durante sus 258 años de vida «al servicio de la Corona y del pueblo español»,

baluarte «frente al peligro de dispersión que acecha a la ciencia histórica» y capaz de «conjugar la unidad con la variedad». La historia de la Academia se contrapuso a la «curiosa amalgama» denominada «Conocimiento del medio social y cultural» o «Ciencias Sociales» que incluye la historia con otras materias, mientras la ministra reivindicaba una historia en torno al «esqueleto» de la cronología y el «estudio de las grandes personalidades históricas» (Ruiz Torres, 1998, 63-68).

En cuanto al voluntario olvido de la historia reciente de España en el discurso político, ha ido más allá de su razón de ser durante la transición como manera de propiciar el consenso entre los reformistas del régimen y la oposición moderada (Aguilar, 1996). Durante las dos últimas décadas la historiografía profesional ha dedicado gran parte de sus energías al estudio de la Guerra Civil y del franquismo, pero ese desarrollo contrasta poderosamente con la ausencia hasta hace poco de referencias a dicho periodo en las intervenciones de los gobernantes (Juan Carlos I, *Discursos 1975-1995*, 2 vols., 1996) y de los dirigentes de los principales partidos, así como con el escaso debate público en torno a la historia de España de dicho periodo. Si pensamos en la enorme importancia que en los años ochenta y noventa se le ha dado en Europa al uso público de la historia más reciente, la diferencia salta a la vista.

Por último, existe un cambio sustancial de narrativa histórica al que no es ajena la experiencia del presente y que a su vez influye en el lenguaje actual. La nueva historia económica y social no aislaba a España del resto de Europa, como hacía la propaganda del régimen, pero tampoco mantenía el viejo esquema organicista o la visión pesimista de los enfoques «regeneracionistas». En la nueva historia, la trayectoria de la sociedad española coincidía en gran medida con la del resto de las sociedades de Europa occidental (feudalismo, moderno capitalismo, revolución industrial, revolución liberal o burguesa...), pero a diferencia de la visión triunfalista del franquismo se hacía hincapié en los desvíos, errores o fracasos que conducían a la «anómala» pervivencia de la dictadura. La resistencia al franquismo tomó formas diversas, a favor del gradualismo político liberal o de la revolución social, en sintonía con una u otra de las distintas ideologías nacionalistas democráticas o en contra incluso de la misma idea «burguesa» de nación, pero en todas hubo voluntad explícita de moverse en un amplio contexto histórico de carácter europeo o universal. En los años ochenta y noventa, cuando al desarrollo económico le siguió la consolidación de la democracia y desapareció la famosa «anomalía» española, la visión del pasado se «normalizó» por completo, pero a costa muchas veces del sentido crítico. Al pesimismo extremado de «España como problema», «España, país dramático», «España como fracaso», se contrapuso la «España, país normal», un «cambio de paradigma» que Santos Juliá resumió en 1996 de esta manera: de la anomalía, el dolor y el fracaso de España habríamos pasado a la normalidad más absoluta. Como puntualiza el citado historiador, «ninguna representación del pasado es inocente» y del mismo modo que las gentes del 98 y sus inmediatos herederos inventaron una España fracasada, ocurre algo parecido con esa «España

liberal» que «pertenece desde siempre a la civilización europea y dispuso de instituciones homologables a las de nuestros más cercanos vecinos». La «experiencia del presente» modifica la «representación del pasado» (S. Juliá, «Anomalía, dolor y fracaso de España», *Claves de Razón Práctica*, núm. 66, 1996).

La experiencia del presente, en efecto, «política» en sentido amplio y estrechamente asociada al léxico y a los conceptos básicos de los discursos y las diversas ideologías que en cada época predominan, modifica la representación del pasado, pero hay algo más. De manera recíproca, la experiencia del presente también se ha visto afectada a lo largo del siglo XX por las transformaciones habidas en un concepto de historia que, con toda intencionalidad política y social, ha mantenido el propósito de englobar la realidad «objetiva» del proceso histórico, el relato para hacer memoria de lo ocurrido y el conocimiento científico del pasado. En la última década del siglo XX, ese moderno concepto de historia ha recibido múltiples ataques. La objetividad se cuestiona, el relato y la memoria se vinculan más a la imaginación que a la realidad y la ciencia parece haber dejado atrás la larga etapa positivista. Aún es pronto para saber qué va a ocurrir con el concepto moderno de historia, pero no cabe duda de una cosa: la cultura contemporánea experimenta una transformación de una intensidad como nunca antes y a una escala planetaria. En ese nuevo contexto, «historia» empieza a ser una palabra que utilizamos también para hablar de la crisis de identidad de una disciplina y, de una forma más amplia, de la crisis de una manera histórica de relacionar las experiencias con las expectativas, a medida que la incertidumbre de nuestro presente anula cualquier intento de anticipación del futuro y de conversión del pasado en un punto fijo.

Véase también: CIENCIA, CIVILIZACIÓN, CULTURA, EDUCACIÓN, ÉLITES, ESPAÑA, FUTURO, HISPANIDAD, INTELLECTUAL, MEMORIA HISTÓRICA, MODERNIDAD, REGENERACIÓN.

HUELGA

Juan Francisco Fuentes

A principios del siglo XX, la voz *huelga* no se había desligado del todo de los términos *coligación* o *coalición*, que le precedieron a mediados del siglo XIX para designar el acto mediante el cual los trabajadores suspenden voluntariamente su actividad en señal de protesta o como forma de lucha en pro de sus reivindicaciones. Tras los primeros usos conocidos de *huelga* (1865), este término empezó a desplazar a sus predecesores durante un largo periodo de transición en el que *huelga*, *coligación* y *coalición* funcionaron virtualmente como sinónimos (Fernández

Javier Fernández Sebastián
Juan Francisco Fuentes (dirs.)

Diccionario político y social del siglo XX español

Con la colaboración de:

Paloma Aguilar Fernández, José Álvarez Junco, Sergio Argul Arias, Rafael de Asís, Ángeles Barrio, Andrés de Blas Guerrero, Mercedes Cabrera, Gonzalo Capellán de Miguel, Javier Corcuera Atienza, Rafael Cruz, Salvador Cruz Artacho, Mariano Esteban de Vega, María Antonia Fernández, Ignacio Fernández Sarasola, Josep Maria Fradera, Carlos Garriga Acosta, Eduardo González Calleja, Pedro Carlos González Cuevas, Iñaki Iriarte López, Jesús Izquierdo Martín, Santos Juliá, José Luis de la Granja Sainz, Emilio La Parra López, Ángel Llamas, Luis Martín, Fernando Martínez Pérez, Javier Moreno Luzón, Rafael Núñez Florencio, Jesús María Osés Gorráiz, Santiago de Pablo, Gregorio Peces-Barba, Manuel Pérez Ledesma, Alejandro Pizarroso, Fernando del Rey Reguillo, Coro Rubio Pobes, Germán Rueda, Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Pedro Ruiz Torres, Ismael Saz, Javier Tajadura Tejada, Eugenio Torres Villanueva, Patxo Unzueta y Joaquín Varela Suanzes-Carpegna.

Alianza Editorial

ÍNDICE

Nota previa	15
Siglas y abreviaturas	19
Relación de autores	23

DICCIONARIO DE CONCEPTOS POLÍTICOS Y SOCIALES DEL SIGLO XX ESPAÑOL

PRIMERA PARTE. INTRODUCCIÓN

1. Conceptos políticos, historia y modernidad	31
2. Políticos e intelectuales ante los problemas del lenguaje: Una permanente insatisfacción	37
3. Un siglo hablando de sí mismo	45
4. Etapas del cambio conceptual: estratos del tiempo y del lenguaje	55
a. La crisis del parlamentarismo	55
b. El Régimen de Franco: La derrota del voluntarismo	60
c. Transición y democracia	67
5. Entrando en el siglo XXI: Hacia una historia conceptual del tiempo presente	71
6. Consideraciones finales	80

SEGUNDA PARTE. VOCES

Administración	87
Alzamiento Nacional	91
Anarquismo	100
Anticlericalismo	109
Antifranquismo	113
Aristocracia	122
Asociación	129
Autonomía	137

Burguesía.....	145
Cambio.....	158
Campesino	163
Capitalismo.....	167
Carlismo.....	175
Catalanismo	176
Caudillo.....	185
Censura	192
Centralismo	197
Centro	206
Ciencia.....	211
Ciudadanía	216
Civilización.....	230
Clase media.....	240
Clase obrera.....	249
Comunicación	258
Comunista.....	267
Consenso.....	276
Conservador	282
Constitución	287
Corporativismo	300
Corrupción	306
Cortes.....	312
Crisis.....	322
Cuestión social	335
Cultura	335
Democracia	345
Deporte	362
Derecha	368
Derecho.....	377
Derechos	387
Desarrollo	395
Dictadura	400
Ecologismo	411
Economía	416
Educación.....	425
Ejército.....	434
Elecciones.....	444
Élites	454
Emigración.....	460
Empresario.....	469
España	477

Estado.....	488
Estado del bienestar	505
Europa.....	513
Exilio	529
Falange Española.....	539
Familia.....	539
Fascismo.....	549
Federalismo.....	554
Feminismo	559
Franquismo.....	559
Funcionario.....	568
Futuro.....	576
Género.....	590
Globalización.....	590
Gobierno.....	595
Golpe de Estado	608
Guerra civil	608
Hispanidad.....	617
Historia	623
Huelga	634
Identidad	644
Ideología.....	649
Iglesia católica.....	660
Igualdad.....	668
Individualismo.....	680
Información	686
Institucionismo.....	686
Intelectual.....	693
Internacionalismo.....	701
Izquierda	707
Justicia	717
Krausismo	725
Laicismo	725
Liberalismo	725
Libertad.....	733
Marxismo	751
Masas	759
Masonería.....	764
Memoria histórica	768
Modernidad	775
Monarquía.....	791
Movimiento estudiantil.....	801

Movimiento Nacional.....	808
Movimiento obrero.....	817
Mujer.....	828
Nación.....	838
Nacionalismo catalán.....	854
Nacionalismo español.....	854
Nacionalismo vasco.....	865
Opinión pública.....	877
Orden.....	893
Parlamentarismo.....	900
Partido.....	906
Patria.....	916
Patronal.....	929
Periodismo.....	938
Poder.....	948
Política.....	948
Político.....	967
Populismo.....	967
Posmodernidad.....	973
Prensa.....	973
Progresista.....	973
Progreso.....	983
Proletariado.....	1000
Propaganda.....	1000
Propiedad.....	1005
Público.....	1014
Pueblo.....	1014
Reconciliación.....	1024
Reforma.....	1031
Regeneración.....	1041
Régimen.....	1046
Regionalismo.....	1050
República.....	1063
Revolución.....	1069
Secularización.....	1080
Sindicato.....	1088
Soberanía.....	1098
Socialista.....	1107
Sociedad.....	1117
Tecnocracia.....	1130
Tercer Mundo.....	1136
Terrorismo.....	1141

Totalitarismo.....	1149
Trabajo.....	1154
Tradicionalismo	1163
Transición.....	1173
Urbanismo	1183
Utopía.....	1189

TERCERA PARTE: BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía.....	1197
Índice analítico	1327